

CARTA EXPLICATIVA A UN EXTRATERRESTRE ACERCA DE LA CONTINGENCIA RECIENTE DEL COVID-19

Rebeca Viñuela Pérez

Estimado y extraño amigo extraterrestre:

Viniste buscando respuestas a preguntas que, sinceramente, no nos veo capaces de contestar. No ahora, en medio de una crisis que aún no sabemos siquiera cómo catalogar, y seguramente tampoco después, en ese futuro incierto que se nos presenta entre negras predicciones. Nos preguntaste qué pasó. Qué sucedió para llegar a esta lamentable y poco esperanzadora situación actual, y si uno escucha en la calle, en la televisión o en las redes sociales, solo encuentra explicaciones confusas. Primero, en diciembre de 2019, hablaban de personas que comían animales salvajes. Allá por China, que se presentaba en el imaginario colectivo como un lugar tan lejano que pareciera ser algo completamente ajeno al escenario occidental. Alguien se comió un murciélago, decían, y entonces una ciudad se infectó de un tipo de coronavirus. No era algo nuevo, ya que años anteriores se habían dado casos similares de infecciones. Era como una gripe, aseguraban. Y entonces la epidemia, que ya contaba con miles de infectados y cientos de muertos, se expandió. Primero por Asia, lugar que aparentaba aún una relativa lejanía que derivaba en falsa sensación de seguridad. Y luego llegó a Italia. El norte de Italia se infectaba rápidamente, y la curva de infectados, que por lo visto se convirtió en algo de suma importancia para todos, mostraba una verticalidad preocupante. Y así fue como la calma aparente que había reinado en la mitad occidental del mundo, desapareció.

Unos hablaban de cerrar aeropuertos, puesto que la primera fase de contagio, aquella que daría paso rápidamente a las otras dos, era la importación. En España se empezó a preguntar por qué seguían aceptando vuelos procedentes de Italia. Aquella sensación alienada iba desapareciendo a medida que en el territorio peninsular aparecían nuevos casos. Hasta que la primera fase, la de importación, dio paso a la segunda. Entonces los aeropuertos no fueron tan importantes, porque la transmisión del virus se hacía de forma interna, sin un receptáculo extranjero. La alarma parecía seguir a la verticalidad de la curva de contagios. Europa se cerró entonces. El tráfico aéreo se canceló, esperando que aquello frenase algo que, lamentablemente, ya había traspasado fronteras que solo los humanos somos capaces de ver. Los ritmos de contagio son diferentes, no obstante, y cuando España entró en estado de alarma a mediados de marzo, otros países europeos se encontraban aun dando solo recomendaciones de alejamiento social. Muchas veces ignoradas por sus ciudadanos. Pero a medida que los contagios se extendían por el mundo, la lucha sanitaria comenzó. Todos necesitaban test para localizar a las personas infectadas. Necesitaban mascarillas y guantes. Y, sobre todo, necesitaban respiradores, sin los cuales las personas tenían pocas oportunidades de sobrevivir dentro de las UCIS. Hubo países que incluso, como Corea del Sur, habían incrementado su presupuesto



sanitario durante los últimos años. Ellos compraron test y protecciones para sus profesionales de la salud. Compraron mascarillas y equipos de protección individual, los repentinamente famosos EPIS. Estaban al inicio de la epidemia cuando la lucha por el material no había iniciado aún.

En marzo de 2020, un año que por bisiesto muchos tildaron de mala suerte, muchas cosas sucedieron al mismo tiempo. En España, por ejemplo, el estado de alarma cesó toda actividad económica no esencial, por lo que millones de personas tuvieron que cerrar sus negocios. Todos ellos seguían teniendo los gastos mensuales propios de los autónomos, más ningún ingreso. El gobierno prometió suspender impuestos y otorgar ayudas financieras. Prometió que se entregarían créditos para subsanar la situación que la crisis sanitaria había forzado sobre todos ellos. Pero también se empezaron a escuchar las denuncias sobre los problemas que la consecución de dichos créditos suponía. La solución inmediata se presentó en forma de ERTE (Expediente de Regulación Temporal de Empleo), una regulación temporal de empleo que permitía el despido del personal por un tiempo establecido previamente. Se dijo, además, que la prestación por desempleo no sería computable en el tiempo cotizado acumulado por los trabajadores. También se aprobó el pasado jueves 30 de marzo de 2020 un permiso retribuido recuperable durante el tiempo que durase el Estado de alarma. Tal permiso aseguraba el pago de los salarios de todos los trabajadores cesados a causa de la contingencia, con la posterior recuperación de las horas perdidas. Era como poner parches a una fractura.

La crisis sanitaria, agravada por el abandono de las políticas sociales en España durante más de una década, saturó un sistema de salud que se pensaba bueno. Antes de esto, antes de la pandemia, todos hablaban sobre ello: sobre cómo de bueno era nuestro sistema sanitario. Mas la calidad de los profesionales no suple en medida alguna la falta de fondos y los recortes presupuestarios. Y así las UCIS se quedaron sin camas, los médicos sin EPIS y las farmacias sin mascarillas y guantes. La cuarentena llegó a todos los españoles, porque la falta de test impidió conocer quienes estaban contagiados. Asintomáticos, decían. Hablaban también de arcas de Noé, que venían siendo espacios donde encerrar a todos aquellos que diesen positivo en el coronavirus, pero no mostrasen ningún síntoma. Eran los más peligrosos, puesto que la confianza debilitaba siempre las medidas de precaución que uno ha de tomar. Eran todo un problema para las estadísticas. Aun así, se creía que las políticas del gobierno eran duras, pero necesarias. Ese era el mensaje principal en los canales de información. Y en un país donde consignar un presidente había requerido de dos elecciones generales, la pandemia logró un aparente consenso político en aquellas decisiones urgentes referentes al Estado de alarma. O al menos así fue en un principio.

La crisis sanitaria pronto dio paso a otros problemas que derivaban, inevitablemente, de un sistema político poco estable y unas instituciones que, nadando entre lo nacional e internacional, no supieron coordinarse para dar una solución factible a un problema que, como decíamos, no conoce de fronteras geográficas. Menos aquellas impuestas artificialmente por la política humana.



Amigo, si viniste a nuestro planeta en busca de consejo, quizás te decepciones. Lo que ha dejado al descubierto esta pandemia, y que en realidad ya se conocía, es una problemática que lejos de ser coyuntural a nuestro espacio y momento, entierra sus raíces en la estructura misma de nuestro sistema de gobernanza. España, por seguir con el ejemplo, ha iniciado una carrera de descrédito entre sus facciones políticas. Las referencias a la actuación del gobierno empiezan a tomar un cariz muy diferente al que se escuchaba en un inicio. Un cariz que mostraba cierto grado de consenso y que ahora trata de buscar la responsabilidad política por encima de lo que resulta o no beneficioso para el colectivo social. Pero el mayor de los problemas es, a mi entender, el intento de solucionar mediante referentes y opciones nacionales situaciones que requieren de actuaciones que van más allá de las capacidades propias de los gobiernos. Es inevitable, lo sé. Dirás, amigo, que estamos divididos en estados nacionales, y como tales debemos actuar. Dirás que no hay otras instituciones que puedan organizar planes a gran escala para enfrentar a un enemigo tan abstracto y complicado como lo es esta pandemia. Y una vez más, tendrás razón. Pero debemos añadir que tampoco se ha intentado si quiera. Está primero la Unión Europea, que más que eso debería pasar a denominarse “conjunto de países en busca de ciertas políticas en común”. Sin ninguna intención de ceder un ápice de su autonomía gubernativa. Ha llegado tarde allí donde se la ha necesitado. Ella misma lo ha reconocido, finalmente. Y aún en estos momentos, pasando ya la primera quincena de abril, seguimos sin soluciones propias que estabilicen si quiera el mercado de material sanitario, que parece funcionar, como en el peor escenario del capitalismo, como una suerte de subasta al mejor postor. No importa quién lo necesite más, sino quién tenga más medios para conseguirlo.

Si fuésemos un poco más justos con estos intentos de llevar una política común, podríamos mirar hacia la Organización Mundial de la Salud (OMS). Un organismo de carácter internacional fundado a mediados del siglo pasado como extensión de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Según su propia constitución, la OMS vela por el bienestar social y sanitario de todos sus miembros, catalogando enfermedades y ayudando a combatirlas allí donde se requiere. En este caso singular, fue quien decretó como pandemia el COVID-19, así como redactó las propuestas a seguir para combatir la epidemia.

Ahora bien, amigo, como bien podrías pensar, la OMS es un órgano consultor, sin ningún poder de decisión en aquellas políticas que atañen, finalmente, a la autoridad nacional de cada país. Y en un mundo donde las fronteras son elásticas y porosas, donde el movimiento de personas diario se cuenta por millones, uno podría pensar que retener las soluciones a nivel interno simplemente escapa de toda lógica. Unos países deciden cerrar sus fronteras. Otros no. Unos países se abastecen de material sanitario solo en caso de que su situación empeore, a pesar de no necesitarlos aún. Otros, mientras tanto, sufren cientos de fallecimientos al día por no tener los mecanismos necesarios para luchar contra la enfermedad.

Dicen que las comparaciones son odiosas. Y tienen razón, pero en un mundo globalizado donde los medios de comunicación están en búsqueda constante de noticias, las comparativas entre situaciones aparentemente similares se convierten en un referente a la hora de medir la capacidad de cada país. Un ejemplo de ello es la crítica que se realiza a aquellos países que menos test realizan para descubrir el número de infectados en su población. Esta es una crítica válida, ya que se entiende que el uso adecuado de estas pruebas ayuda a controlar la epidemia. Pero si somos consecuentes con la situación, no todos los países tienen la misma capacidad para llevar a cabo estos controles. España no tiene la solvencia económica de Alemania, por ejemplo, lo que nos posiciona en una situación de desventaja a la hora de comprar los materiales sanitarios necesarios. La voluntad de hacer dichas pruebas debe ser compaginada además con la capacidad de los laboratorios de investigación que, al igual que los hospitales, parecen colapsar bajo la presión de la crisis.

Finalmente, si vamos a atenernos a convivir en una economía de carácter universal, uno debería pensar que, de ocurrir una situación semejante, seríamos también capaces de afrontar el problema con soluciones que vayan más allá de lo puramente coyuntural a nivel nacional. Y una vez más, amigo, no te decepciones, pero no es así. España, país que lleva sin poder aprobar sus presupuestos generales más de dos años por culpa de la falta de consenso político, debe afrontar una crisis desde un sistema político que no está preparado para ello, más aún con un sistema de sanidad herido a casusa de los recortes presupuestarios resultado de la crisis económica del 2008.

Y cuando todo esto acabe, cuando se halle una vacuna y la crisis sanitaria pase a segundo plano, lo que quedará será una estructura sociopolítica y económica destrozada por los esfuerzos tomados durante estos meses. Esfuerzos que recaen sobre todo en aquellos que menos recursos tienen, y que verán los años venideros como una cuesta interminable donde pequeños negocios y trabajadores en general se abrazarán como última solución a un sistema de políticas sociales desquebrajado e insuficiente. “Gasten en políticas públicas”, nos dicen ahora desde la Unión Europea. Solo cabría preguntarles exactamente cuál dinero debemos gastar, cuando el ingreso a las arcas del Estado se verá tan reducido tras el incremento predecible del desempleo.

No sé, amigo, quizás en vez de venir a pedir consejo, deberían intentar ofrecerlo. Creo que tenemos mucho que aprender aún sobre cómo equilibrar una gobernanza que nos ayude a superar este tipo de situaciones.